El Conde de Romanones cuenta su entrevista con Primo de Rivera

El General Primo de Rivera, el Conde de Romanones y el de las Andes, conversando en la fiesta celebrada con motivo de la boda de la señora Pérez Caballero.

El Conde de Romanones parece sorprendido por el revuelo que ha suscitado su encuentro con el General Primo de Rivera, el otro día, en una boda.

—Pero, ¿por qué ha chocado tanto que tomemos juntos café en un salón Primo de Rivera y yo?—me dice sonriendo—. ¿Qué ganas de sacar las cosas de quicio?... ¿Qué tiene de particular que dos personas, siendo tan radicalmente opuestas en política, en sociedad se traten con cortesía? Hace un siglo, sí; hace un siglo, cuando blancos y negros se odiaban y se perseguían a muerte, hubiera sido sorprendente que dos hombres tan alejados como Primo de Rivera y yo se guardaran consideraciones personales, pero lo mismo el General que yo nos hemos formado en otro ambiente... Cuando empecé a actuar en la vida pública, Sagasta y Cánovas, por ejemplo, los jefes de los dos grandes partidos adversarios, eran excelentes amigos personales...

El Conde hace una pausa:

—Nadie—dice, dejando de sonreír—. Nadie ha sido perseguido más duramente que yo y opino el General Primo de Rivera. Pero he pensado siempre que obraba así, porque así se lo dictaba la conciencia, sin mala fe y sin encono personal, y nunca le he sentido tampoco rencor personal contra él. Por eso no me incomoda mucho a tener en coincidir con él en una boda?... Verá usted lo que pase... Pérez Caballero, que es, además de un leal amigo político mío, un fraternal camarada de estudios, en Bolonia, me dijo una mañana este verano, en la playa de Onarrete: ¿Le hizo se va a casar con el Marqués de Encinares y yo quería que tu fueras testigo suyo?» «Encantado», le respondí yo. Con que el día siguiente llega Pérez Caballero y me dice: «Oye, te advierto de que testigo de Encinares va a ir Primo...» «Encantado», repetí... Y esto es todo... Luego se ha celebrado la boda; el General y yo hemos firmado el acta; después nos hemos sentado a la mesa; el General ha estado a la derecha de S. A. la Infanta Doña Eulalia y yo a la izquierda, y por último, a la hora del café, escoger para clausurar un momento tan estelaros... ¿No se comprende que si deseáramos hablar a solas, podríamos hacerlo muy fácilmente, con todo sigilo, sin que se enterara nadie, absolutamente nadie?... ¿Qué dificultad habría?... Fue júdul: ¡todo el mundo pasmoso de vernos juntos!... Mientras habíamos hablamos, todos los invitados estaban vuelto hacia nosotros, siguiendo nuestros ademanes, nuestras actitudes, nuestros gestos... Fuimos el gran espectáculo de la boda... Casi anualizamos a los novios... Parecía que los desposados éramos nosotros...

Y no lo eran... apunto yo.

El Conde, serio, casi solemne, repite, recalcando mucho las palabras:

—Y no lo éramos... Puede usted asegurarlo: y no lo éramos...

—Pero estas declaraciones de mutuo respeto personal que han hecho Primo de Rivera y usted, ¿no podrían, tal vez, facilitar el camino de una colaboración?...

Romanones me interrumpe vivamente, agitando las manos:

—¡No! ¡No!... Yo guardo todas las consideraciones personales que se merece al Marqués de Estella, igual que él me las guarda a mí; pero nada más... Él—como acaba de declarar— sigue sin sentir simpatía por mi ideario político, y yo tampoco experimento la menor inclinación hacia el suyo.

V. S. O.

(Fotos Marín y Benítez Casanovas.)

El Conde de Romanones hablando con nuestro compañero Vicente Sánchez-Ocaña.